

PRÓLOGO

—

A MI ESPOSA

3 - NERTO



EL DIABLO PONE LA PIEDRA



REPAR penosamente á las altas cimas, sujeta la cintura con la faja, y cantar, los cabellos al viento, desnudo el pecho y con airoso ademán, es, carolactor, un placer exquisito, singularmente cuando la mañana y el fresco rocío despiertan y avivan las ilusiones. Pero cuando el fuego y la luz del sol comienzan á apagarse, los transportes y gritos de alegría se apagan también al morir el día del Señor.

Así, pues, no extrañéis que yo atando á mi gusto mi gavilla, os cuente una novela en verso festivo y familiar. En los atajos que siguen los rebaños transhumantes ¹, en el luminoso país de la Tarasca, en Monte-Mayor, junto al Agu-

jero de las Brujas, la recogí antaño y os la doy rimada esta primavera.

Y aunque en ella figura el Diablo des-
empeñando un lucido papel, yo os ase-
guro, mis buenos amigos, que no quiero
fantasear, ni chancearme, ni hacer bur-
la de vosotros. Los buenos campesinos
de aquellos parajes me la refirieron
como cosa cierta; pero, hoy día, la gente
escucha con extrañeza lo que se les
cuenta de Lucifer; y muchos á quien el
diablo tiene ya sujetos con su arpón
reirán y harán gestos despreciativos si
yo les hablo del Gran Cornudo.

¿Pero qué le importa á Maese Mos-
ca ² la guerra minúscula que se le hace
negándolo? ¿Le impide al viejo bergante
agazaparse junto á su gatera y tender
las redes? ¡Él prefiere que lo nieguen y
se le rían en sus barbas y que el hom-
bre viva abandonado al azar y al peli-
gro! De esta suerte, el pobre loco corre
derecho á su perdición.

Crear, lleva á la victoria. Dudar... he
aquí el narcótico, y el pez en la cesta, y
el euforbio junto al arroyo. Una vez el
agua está envenenada el pescado se
coge á brazadas. Y cuando el pueblo ha
perdido su fe, el infierno activa sus
fuelles.

Presumo que me diréis, que la retorta
de la ciencia ha disuelto todas las zurra-
pas y todo el poso del viejo mundo de
las supersticiones. Me diréis también
que la luz arrojó de sus madrigueras y
de sus cercados á todas las brujas y he-
chiceras... ¡Ah, necios! El Maligno ³, al
pie del Arbol de la Ciencia nos acecha
y espía pacientemente desde Adán.
Tenedlo entendido bien: él, es el primer
sabio.

En fin, separar las piedras del camino
en el cual el hombre lacerado vacila;
apartar de su boca el pan duro y huir
del polvo negro de la miseria y del mal
vivir, es ciertamente una redención.
Pero esto no es bastante. Como dijo un
sabio y viejo rey: «Mientras yo vea á las
criaturas, esclavas de una ley natural,
nacer, crecer, agostarse como flores de
un día y morir en el seno del dolor, yo,
ansioso de una redención más alta, más
sublime, elevaré mis esperanzas, pues
la verdad de aquí abajo es que todo no
es más que vanidad de vanidades.»

¿Qué es el mundo? Una apuesta, un
duelo eterno entre el Cristo de las pro-
fecías y el Demonio, aquel renegado
que hizo el mal y creó el pecado. El
Diablo es un sér astuto y sagaz; cuan-

do juega, juega, y roba las cartas afortunadas. Si pierde torna á jugar. Miles de años hace el envite á Dios. Antaño, cuando se jugó la gran partida, dicese que los dos rivales jugaron al tejo con las grandes rocas socavadas que se desprendían de las montañas; si alguien lo duda, que vaya al monte Leberón ⁴ y verá la piedra lanzada por Satán. Y aquella lucha de titanes ¿creéis que terminó? Entonces comenzaba.

El Diablo es un alegre camarada. Por Abril busca los bailes retozones en los verdes prados. Las parejas que se pierden en las florestas; la mano ardiente y el juego del escondite, á falta de cosa mejor, le divierten. La zampona y el caramillo le atraen y le alegran; y cuando gruñe el violín, escucha con el oído á ras de tierra. El Diablo es un buena pieza; ama la risa, ama la alegría, las mascaradas carnavalescas y la zambra; le agradan mullidos cojines, el aroma de las rosas y del mirto, los ricos vestidos descotados y la arrogancia de la juventud que camina con la cabeza llena de viento. Pero lo que él prefiere, sobre todo, son los juegos que hacen caer de espaldas á los más valientes y soberbios en las grandes

llamas del infierno; el juego que engendra los blasfemos, los miserables de guante blanco, los mujeriegos, los camorristas, los parásitos, los usureros, los fanfarrones, los bellacos; el juego que lleva por malos caminos al precipicio, á la ruína; el juego que hace perder la fe, que cubre los palacios ruinosos de ortigas y cardos; el juego que engendra á los parricidas...

Lector amable; á pesar de todo, yo me dolería de haber llevado el miedo á tu ánimo: el mónstruo es listo, pero no es el maestro y señor invencible; y quien ama la lucha encuentra siempre un medio para vencerla. ¿No recordáis la conseja de la abuela? Cuando levantó el puente del Gard «el contratista de las dañadas intenciones» se reservó, como salario, la primera alma que pasara por encima de sus arcadas, dice el cuento. Para salir de tan mal paso—la jugada se ha hecho célebre,—hicieron correr por el puente una liebre ⁵. El Diablo, que estaba ojo avizor, le echó las uñas al momento. ¡Figuráos los visajes que haría cuando notó el engaño! De rabia la estrelló contra el muro. Aún se vé á la otra parte del puente.

¡Ah, bribón! Nada le asusta, nada le

desanima; desordenado y mal urdido es su trabajo, como las raeduras de los ratones. Mina la tierra, atasca el carro, remueve el cieno, agita el avispero; con sus malditos papelotes intenta ahumar la ley divina! Mas el sol funde la niebla; el sol y la lluvia desmoronan el puente^o y el Diablo se hunde en el abismo. Esto, que parece mentira, como las nubes de la fábula mítica, á menudo responde á la verdad. A pesar de todo, el puente está en pie y el Espíritu rebelde hizo la obra para el Señor. ¡Brilla, oh sol! ¡Nosotros estamos con Dios! Mujeres, aparad en vuestros faldellines.



NERTO

I

A SU GRACIOSA MAJESTAD
DOÑA ISABEL DE RUMANÍA
REINA DE LOS JUEGOS FLORALES

30989

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFO"

1525 MEX



I

LOS BARONES

CASTEL-RENARD levanta sus torres que semejan, vistas de lejos, dos cuernos sobre la testuz de un toro ¹. Pero el castillo, que hoy yace en tierra sin puertas ni almenas, cubierto por matorrales de tomillo, salvia y parietaria que florecen en primavera en el lugar en donde lucieron las damas de antaño sus encantos; por cuyas ruinosas murallas solo pasean verdes lagartos, mientras el viento entona sus sonatas entre los pinos; el castillo, con sus torres coronadas señoras de la vasta llanura, levantando aun sobre el horizonte «los tres puñales» de su escudo, era todavía

imponente bajo la luz del sol: los Papas reinaban.

El barón Pons, el poderoso señor, yace en su lecho, cruzadas las manos, abatido, clavado en él por el dolor. Sentada al borde de la cama, Ner^{to} ², su rubia heredera, vela su sueño y le asiste cuidadosa. Por allá abajo, de tarde en tarde, en el fondo de los cobertizos del castillo relincha fogoso potro.

—¡Pobre Robin! — exclama el enfermo levantando los ojos al artesonado.— ¡Llamas á tu amo! Pero ¡ay! no sentirás ya su peso sobre tus estribos.

¡Y no se equivoca, voto á Dios! El más sabio de los médicos, el judío Mardoqueo, que caballero en su mula baja el estrecho caminejo del castillo, acaba de decir rodando la cabeza:

—Esta dolencia será larga...

Por los ajimeces se ve lucir alegremente la luz de la aurora, que alumbraba al señor que gime en el lecho, el espléndido baldaquino, y las soberbias tapicerías de cuero cordobés. El altivo barón presente que no se levantará y de súbito, con voz ruda, fosca y cavernosa, despide á sus servidores; y, solo con su hija, hace confesión de toda su vida:

—Hija mía— exclama.— Dios me condena á presentarme ante el tribunal cuyas sentencias son eternas; y de una pena que oprime mi pecho es preciso que te refiera la historia. ¡Oh, Jesús, Jesús mío, condéname! ¡Más que Judas y más que Mahoma merezco el infierno, pues de sangre de mi sangre vendí el alma! ¡Ah! ¡Pobre hermosa mía! ¡Tan negra es mi felonía que me he hecho indigno de perdón!... Hará trece años, por San Eutropio, nos reunió un día Isnardo de Mormoirón, á algunos barones para arrojar de sus guaridas á los lobos de Raimundo de Turena ³. ¿No recuerdas? Aquel gran trubán, ladrón de caminos, incendiario de conventos, que en sus incursiones llevábalo todo á sangre y fuego, y que pasaba sobre las masías y los castillos como los dientes acerrados de un rastrillo. Después de luchar esforzadamente en el fondo de los valles y en las crestas de los montes, lo mismo con la espada que con la ballesta; y cuando barridos por nosotros los Tondims ⁴ fueron dispersados totalmente, Isnardo nos agasajó con largueza durante nueve días en su masía de Bacalán. Todas las mañanas, hasta mediodía, corríamos la sorti-

ja en el torneo ó cruzábamos las dagas en el prado. Después, en el cotidiano banquete, el aromático hipocrás rebosaba en los vasos. Cuando abandonábamos, hartos ya, la mesa del festín, salíamos á la terraza y nos jugábamos el oro á los dados. ¡Cuando la fortuna no quiere sonreírle á uno!... Si primero me fué mal, luego peor. Me habían embrujado seguramente... Pero del fondo del abismo ¿quién puedè salir? Jugué locamente y lo perdí todo... Cerca de media noche, con nieblas en los ojos, retornaba yo por el monte... ¡Dios mío! Mi cabeza parecía estallar. ¡Había perdido cuanto tenía! Desesperado, más muerto que vivo, errante como un loco me extravié por aquellas montañas. Había perdido mi halcón, mi caballo, mis olivos, mi manto escarlata de Florencia, todas mis islas de Durance, mis dehesas de Castel-Renard, mi noble escudo de tres puñales, las joyas de tu difunta madre, hasta los cerrojos de la puerta del castillo... No me quedaba más que la afrenta y la cruz del bautismo sobre mi frente. Y como un enjambre de negros tábanos que se encarnizaban conmigo, hostigándome con sus zumbidos, enloqueciéndome con sus botes, las malas

ideas me perseguían aguijoneándome... «¡Noble desarrapado, vé y tírate de cabeza al agua! ¡Jugador maldito, vé á despeñarte! El cautiverio, el hambre, la miseria te esperan; el escarnio te escupirá mañana en la cara. ¡Barón arruinado, no posees ni la camisa que llevas!» Si en aquel momento se hubiera cruzado en mi camino, por un azar, un traginante con su cinto repleto de oro... ¿quién lo hubiera sabido? No se veía alma viviente en aquellas soledades... ¡Ah! Lanzarme sobre él ferozmente y degollarle como una res fuera todo uno. ¿Pero, y mi hija? ¡Oh! El lobo sale de la madriguera cuando tiene hambre... ¡Venga el diablo con las manos llenas de oro, y le venderé, si es preciso, mi hija!

—¡Padre! — exclama la doncella. — ¡Tengo miedo! ¿Vender á una hija, es posible?

—¡Oh! — ruge el barón Pons. — Puedes maldecirme. Apenas, en mi delirio, hube pronunciado la fatal palabra ¡aún siento el escalofrío! percibí en las honduras de las peñas un rechinamiento de dientes y un largo crujido que ignoraba de donde venía. Ví una enorme nube que cubrió el inmenso arenal. De pronto la

luna surgió de aquella negrura, y ante mí, en el aire, ví una enorme y siniestra rueda que giraba cubriendo su círculo de sombra una gran extensión de tierra. Los ojos, encendidos como dos brasas, el cuerpo encorvado, enarcada la pierna, y moviendo el manubrio con ambas manos, un personaje malcarado hacía chirriar ¡la horrible máquina.

—¡Te han dejado sin un cuarto!— me dijo aquel trago en tono zumbón.—¡Ah, amigo mío, quien juega pierde! Mas para un hombre esforzado y decidido, las heridas en la bolsa no son mortales.

Y mientras tales razones me hacía el chocarrero ganapán, seguía volteando la rueda del pozo. Pero la chirriante noria⁸ ¡ira de Dios! he aquí que comienza á vomitar á borbotones, grandes chorros de monedas de oro, cequíes y doblones que brillaban tintineando á la luz de la luna. Sentí hervir mi sangre y correr á torbellinos por mis venas.

—Esta tierra que pisas—me dijo,—es una alfombra de plata y oro. ¡Oh, esta máquina es maravillosa! ¡Si algún hombre la inventara algún día, podría mostrarse hasta de Dios...! Y bien: ¿pactamos? Todo este tesoro es tuyo; yo vendré dentro de trece años, á buscar á tu

hija.—Extendí la mano, yo ¡tu padre! y, miserable y malvado, me arrojé sobre el infernal tesoro. La aparición diabólica que te describo brevemente, pasó como un relámpago.—«Fué un delirio de tu razón...»—podrán decirme. Pero ¿y la plata recién acuñada, sonante y brilladora que quemaba mi mano? La veo, la toco y siento su peso aún... Febril, embriagado y loco, vuelvo á jugar en seguida. Mis dedos temblaban. ¡Fuego de Dios! ¡Ya tengo dinero! ¡Mil florines! ¿Quién para el golpe? ¡Y, zás, los dados van al galope! Antes de una hora era tan rico como el rey moro.

Nerto, con sus trenzas de oro, pálida por la herida que acababa de recibir en el corazón, está medio caída en su silla y como muerta. Quédase un momento inmóvil y con los ojos cerrados. Después, cuando la sangre refluye á sus venas, levántase pálida y descolorida, desgarrá su faldellín, y con agudos gemidos, exclama mesándose los rubios cabellos:

—¡Soy la desposada del Diablo! ¡Maldición! ¡Suerte desdichada! ¿Qué hacer? ¿A dónde ir? ¿Cómo salvarme, Dios mío? De aquel que trisca por las tinieblas siento ya la mano fría posada en

mi cuello. ¡Ah! Huye de mí, casta inocencia de las doncellas. Mi propio padre me abandona á las tentaciones del Espíritu infernal y no gozaré del día de la gloria. ¡Adiós, mi capilla, en la cual rezaba tranquilamente mientras contemplaba en los ventanales los santos y santas de colores que resplandecían en plena gloria! Va á caer sobre mí una catástrofe horrible que me lanzará del día esplendoroso á la negra noche. ¡Santa Marta de Provenza, acudid en mi amparo, pobre de mí, vos que vencisteis en Tarascón al horrendo dragón! La pavorosa tramontana va á llevármese á la condenación; terrible torbellino viene sobre mí desde lo invisible! ¡Madre de Dios, Virgen Inmaculada, poderosa Santa María, si os place hoy como en otro tiempo, aniquilad á Satanás á vuestros pies... Venid ¡oh, Virgen María, en mi ayuda, pues estoy perdida! Venid; á vos me entregaré y seré toda vuestra... ¿Será posible que hayan dado mi mano de esposa al Diablo? ¡Soy cristiana! No puedo quererlo. ¡Padre, padre mío, me engañas!

Y con los ojos centelleantes y las trenzas deshechas, la doncella se desborda en llanto, en ayes, en suspiros.

¡Infeliz castellana! ¡Ella, la reina de toda la llanura, la agraciada como ninguna, la gentil Nerto, de quien se hacían lenguas los campesinos! Tan cariñosa y compasiva... A veces entraba en las masías:

—¡Dios sea con vosotros! ¿Qué hacéis de bueno? ¿Giráis el huso, señora Babet? Comadre Juana ¿vais á jornal? ¿Podrís lavar mi ropa? ¿Sois vos, Nanón, quien ha amasado hoy? Tenéis un buen pan y muy bien cocido. Y la pequeña Marta ¿cuándo comulga? Si sigue siendo tan buena muchacha, la tomaré como doncella.

Y á lo largo de las calles de los poblados, su blanca y pródiga mano distribuía siempre las monedas de su escarcela.

—El padre es un viejo lobo cervical, siempre á caza de camorras y pendenencias... Pero la doncella de las rubias trenzas —decían las gentes— vale un mundo...

Era la más hermosa de toda la Provenza. Los jóvenes provenzales fueron bailando en farandola á plantar ante Nerto el árbol de Mayo. Pero ninguno de ellos osó decirle ninguna galantería ni echarle flores. Solamente se

atreven los donceles de aquellos contornos, desde Segonau ⁶ á Mont-Ventour, á mirar su torrecilla suspirando. Todos miran hacia donde sale el sol y cuando la virgen rubia se levanta y sale á recibir los besos del astro rey, todos los ojos se dirigen hacia ella: es capullo de la vara de Jessé; flor de amor que acaba de abrirse y que nadie se atreve á coger.

Salía al mirador de su torrecilla á veces Nerto, para beber las húmedas brisas ó distraer su tedio. Y, mirando al azur, la tierna baronesa decía sus canciones contemplando las golondrinas que se posaban en las veletas del castillo.

Eran ya pasados los tiempos de la alegría, los tiempos del amor; aquellos buenos tiempos en que venían de castillo en castillo recitando versos y cantando leyendas los trovadores. El monocordio no esparcía sus dulces acordes á la luz de la luna. Mucho tiempo ha, en las grandiosas cámaras de la condesa anidaba una nube de tristeza. Los gentiles trovadores pasaron por ellas para no volver; hasta la luz parecía huir de allí.

Nerto, acostumbrada desde su infancia á aquella plácida y retirada vida,

entre las rojas almenas de su escarpado castillo, vivía sola sin otra compañía que la de su tía doña Sibila. Uno de sus placeres era la lectura; y para instruirla y educarla en el amor á lo bello y á lo bueno, la sabia dama hacía recitar todos los días á Nerto un fragmento del *Breviario del Amor* ⁷.

¡Ah, cuán bello era aquel libro! Mencionaba en cada verso los pájaros, los peces, y las bestias que pueblan la tierra; las maravillosas virtudes de las plantas y de las piedras preciosas, el zafiro, la piedra imán que atrae el hierro; explicaba, después del camino de Santiago, los doce signos del Zodíaco, la estrella de hermosa y espléndida cola, la Sirena, la ninfa Eco y los ocho vientos de la rosa marina; después el punto de doctrina cristiana: Eva, nuestra abuela y su esposo, los ángeles buenos y los malos, la serena alegría del Paraíso y las diez penas del infierno. Por último, el Arbol del Amor, que prescribe el buen humor y la cortesía tan propias de las damas linajudas que nacieron para amar. El pergamino estaba cuajado de flores y viñetas en oro y bellos colores. Contemplando tan lindas imágenes, Nerto gozaba; y cuando veía

en una página una linda doncella, esbelta, rubia y un poco pálida, de ojos azules y boca carmínea en la que tenía un tallo de jazmín ⁸, y versos escritos bajo la gentil imagen, exclamaba:

—¿Soy yo? ¿No es cierto que se me parece mucho?

Y, medio adormecida, doña Sibila respondía:

—Doncella recatada, doncella buscada... hermosa mía. El buen paño en el arca se vende. Eso significa esa flor.

Y tornaba á cojer el sueño.

El barón Pons, siempre en guerra, vivía poco en su hogar. De aquí, para allá, no cesaba en sus correrías. De Provenza á Limaña, de la Romagne á la Gascuña; ya tras los montes, ya tras los mares, ahora en Sicilia, después en el Piamonte, no había estocada, cabalgada guerrera, asalto, refriega, batalla ó matanza en las que Pons no se encontrase y de las cuales no sacara ventaja ó botín. Llevando encima el peso de su remordimiento y provocando á la muerte, en lo más recio de la lucha, corría siempre á la ventura.

Taciturno y envuelto en su manto retornaba al castillo. Era la hora del crepúsculo. Apenas descabalgaba de su

potro, la gentil Nerto corría con los brazos abiertos á acariciarle. Pero él esquivando sus miradas, apartábala con desvío tristemente, á tiempo que dos lágrimas brotaban de sus ojos.

—Contemplando á la hija, llora á la esposa—decían las gentes.

Mas el barón, escondiendo bajo su mirada dura y feroz la amargura que mordía en su alma, daba nuevas órdenes á sus servidores. Cinco ó seis días después salía otra vez con gran estruendo por la puerta del castillo. Nerto suplicaba:

—Padre; ¿no tendrán fin nunca esas luchas?

El barón respondía secamente:

—El hombre de paz tiene su oficio. El noble vive guerreando.

Un día, sin embargo, en los alrededores de Grenoble, enfermó tan gravemente que tornó presuroso á su castillo y se dejó caer en el lecho... Y el señor Pons, sintiendo llegar su hora postrera, antes de emprender la suprema correría, llamó á Nerto y le confesó su crimen.

—¡Hija mía! En este momento de peligro, solo resta una esperanza á mi corazón—recomienza el pecador.—Tal vez



... llamó á Nerto y le confesó su crimen

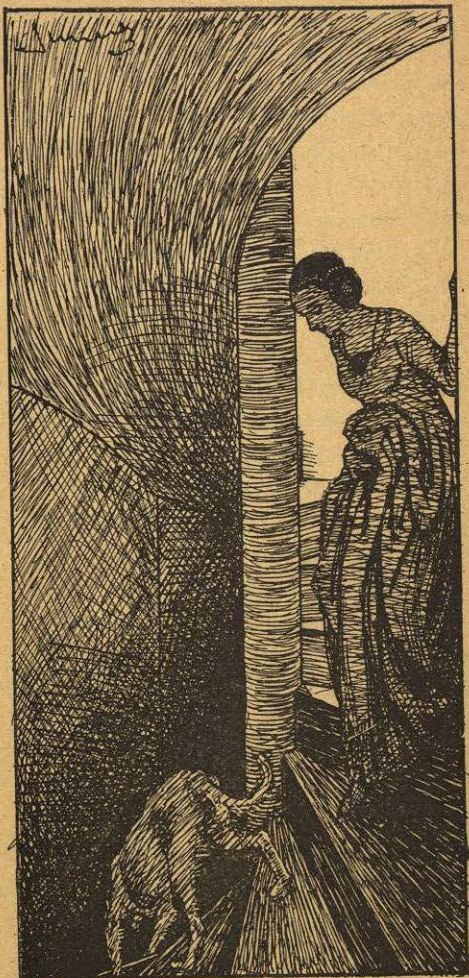
hay un camino de salvación. Veo, ciertamente, que yo por mi crimen he de arder en las llamas del infierno sin esperanzas de absolución... Pero tú, prenda inocente de mi pacto abominable, ¿has de caer envuelta en las desventuras de mi suerte? ¡Ah, es esto más amargo que la misma muerte! Vé, échate á los pies del Papa: el Padre Santo es el dispensador de las grandes culpas: él tiene las llaves del Paraíso y el Señor no le contradice jamás. Será difícil y penoso, eso sí, teniendo en cuenta la pólvora que arde alrededor de Aviñón. Será trabajoso, no lo niego, escalar la roca de la cual la Iglesia cuelga hoy la lámpara de la fe, y penetrar en el torreón en que el Papa se encastilla; pues Boncicaut con sus tropas lemosinas y francesas asedia estrechamente y sin cejar un solo día, dentro de su palacio, á Benedicto XIII, quien desde su nido de águilas responde á la Francia bravamente, haciendo llover piedras y dardos sobre las testas de sus soldados. ¡Contra los trabajos de zapa y contra el incendio bien se defiende el viejo Papa! ¡Debí encerrarme con él!... Ahora es tarde... ¡mal año para mí! Pero, voy á revelarte un secreto. Existe un camino ignorado por todos. De bajo

los muros de este castillo parte un subterráneo, un paso angosto, profundo y reservado que pasa por debajo de la Durance para abrirse en la gran torre del Vaticano aviñónés... ¡Es tu salvación! No lo olvides... El Papa Clemente y la reina doña Juana cuando habitó el castillo, construyeron secretamente esta escondida comunicación para que, en caso de guerra, pudiera huir por ella, bajo tierra, el Papa. Doña Juana confió el secreto y la llave del pasadizo á nuestra familia; y bien puede ocurrir que allá arriba nuestro Santo Padre, bloqueado y hostilizado cuatro años y once meses ha, y separado del mundo, esté harto de tan largo asedio... Y es probable, que ignorando este camino de salvación, daría el Purgatorio por encontrar una escapatoria. ¡Créeme, Nerto: es preciso ir allá! Más para caminar más segura lleva contigo á Diana, la perra cazadora de liebres: ella te servirá de guía. Y si por malaventura encuentras bajo los arcos del subterráneo alguna mala bestia—¿puede uno prevenirlo?—alguna salamandra, alguna serpiente horrorosa, Diana te lo advertiría y además le torcería el cuello. Cuando hayas caminado cosa de media legua, si

el subterráneo no está inundado, oirás un estruendo acompañado de espantosos truenos, que mugirá sobre tu cabeza como el rumor de una tempestad. No tengas miedo; sigue tranquila tu camino: es que el furor de las impetuosas aguas de la Durance arrastran los peñascos por su cauce y laboran sobre tí. Por fin, cuando por dentro de la cueva angosta hayas caminado unas dos horas, verás que el pasadizo se abre y que un delgado hilo de luz baja hasta tí para esclarecer tu caminc... Dile al Papa que huya y se refugie en Castel-Renard. Los bravos provenzales de un salto se pondrán á su lado y libre ya podrá leer el libro de la Iglesia al mundo entero... ¡Hija mía, corre á Aviñón! ¡Haz remembranza de nuestro nombre y poseerás el desnudo de nuestros abuelos! Date prisa á conjurar la tormenta... Vé; no esperes la hora postrera, pues van á cumplirse los trece años...

Un sollozo interrumpe al viejo. Nerto, con ambas manos en la cabeza sale de la cámara. Doña Sibila pretende en vano saber qué es lo que la enloquece... Nerto pide su ropón forrado de pieles de corderillo:

—¡Subid todos á las almenas! ¡Ro-



Se hunde en las sinuosidades de una escalera...

gad...—exclama como una loca—rogad por mí!

Y corre á la torrecilla en donde se guardan las llaves del castillo. Entre la revuelta herrumbre busca la llave marcada con el escudo pontifical. Va de puerta en puerta como un duende. Hace traer á sus doncellas la perra cazadora de liebres que brinca en torno de ella. Se hunde en las sinuosidades de una escalera de caracol que baja hasta los cimientos del castillo. Descorre los cerrojos del subterráneo: en la obscuridad, respirando el vaho húmedo y a la luz de su linterna sorda, se aventura azorada. Avanza inquieta por la tenebrosa vía. Diana, la cazadora de liebres, va delante.

